

La Academia de la Lengua

("Vida Nueva," Madrid, 18 diciembre 1898)

La Academia de la Lengua

por MIGUEL DE UNAMUNO

Cada vez que se trata de proveer una vacante en la Real Academia Española de la Lengua discute la prensa á los candidatos, censurando con frecuencia el nombramiento que se lleva á cabo. Importa muy poco la cuestión en sí, como no sea al agraciado, pero importa algo más lo que debajo de ella se ceta y oculta. La manera como se trata por lo general lo que á tales nombramientos respecta, es algo profundamente sintomático del modo de pensar español y de vicios radicales de nuestra menguada cultura.

Considérase por lo común á la Real Academia de la Lengua como un panteón de consagrados, como un instituto en que se reúnen nuestras eminencias literarias, algo así como una Legión de honor para nuestros escritores. Cada uno de sus sillones equivale á una condecoración. Si alguna vez la Corporación prefiere un modesto especialista en filología á un escritor popular y justamente aplaudido, la mayor parte del público que de estas cosas se preocupa protesta.

Pero es el caso que la Real Academia no se limita á ser panteón en que unas cuantas celebridades nacionales cobren dietas por cambiar impresiones, hacer pa-peletas y contarse chascarrillos, sino que se mete en labores científicas de arduo cometido; ya en juzgar trabajos técnicos de investigación lingüística, ya en componer gramáticas y diccionarios.

Todo el mundo recuerda el último y famosísimo Diccionario de la Real Academia, ese curioso archivo de infuitos disparates. Los de más bulto é importancia práctica han sido puestos muy de relieve, con virulencia nada recomendable. Pero hay otros que si bien han pasado aquí desapercibidos (ya sé que lo castizo es *inadvertidos*, pero me quedo con lo corriente de hoy, castizo de mañana) han dado ocasión á que se corrobore entre los doctos extranjeros la pobrísima idea que de nuestra cultura tienen. Al decidirse la Academia á publicar un nuevo diccionario abrigó la mala ocurrencia de que fuese etimológico, y como entre los eminentes *liveratos* que la formaban no había, por lo visto, quien se sintiese capaz de tamaña empresa, solicitaron y obtuvieron la ayuda de un padre jesuita, que pasa por sabiendo filólogo entre los que han oído hablar de que existe una ciencia filológica, erudito despolve-mamotretos este padre que ha escrito acerca del vascence y del celta los más donosos desatinos. ¡Y allí fué ella! Nuestro hombre, sin conocimiento del bajo latín, sin consultar ni á Ducange, ni á Diez, ni á Littré siquiera,

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

sin la menor idea de lo que sean y signifiquen la fonética y la morfología científicas, se echó á buscar etimologías al buen tun tun, salga como saliere, aunque fuese acudiendo al turco, al chino, al anamita ó al mismísimo hotentote. La parte etimológica del Diccionario es una vergüenza, una vergüenza imperdonable en la Corporación que la sancionó, un estigma de la más desahogada insipiencia. La tal parte tiene el valor que tendría una química escrita conforme á los principios reinantes en el siglo pasado. Su autor ó autores son extraños á los métodos y procederes de la lingüística científica; son eruditos y nada más que eruditos, que es lo menos que se puede ser.

¿Y por qué ocurrió esto? Por componerse la Academia en su totalidad entonces de literatos, eruditos, humanistas, hablistas si se quiere, pero no de especialistas en lingüística. Parece que la Corporación, advertida de su flaqueza, quiso posteriormente rectificarla y escogió para reforzarse á lingüistas, prefiriéndolos á eminentes escritores. Y muchas de aquellas mismas personas que se ensañaron con ella por los despropósitos del Diccionario, la censuraron su cuerdo proceder en este caso.

La primera enseñanza que de todo esto se desprende es la de que es general la ignorancia de lo que una lengua es y significa y del modo de estudiarla, trabajarla y conservarla. Suponer que un eminente hablante sea el más apto para juzgar ó llevar á feliz término trabajos acerca de la lengua, es como creer que el hombre más sano sea el mejor fisiólogo y que nadie mejor que un gimnasta nos pueda dar lecciones acerca del funcionamiento orgánico de los músculos. Era incapaz el ilustre Corsen de hablar el latín como Cicerón, y sin embargo ha poseído aquél lo que éste no pudo poseer, la ciencia del latín, el conocimiento de su fisiología. Muchos académicos habrá que no tengan respecto al proceso y vida de la lengua que hablan y escriben, con todo el casticismo que se quiera, concepto tan claro y exacto como algunos extranjeros que, puestos á hablarla, la chapurrearán de seguro.

¿Qué papel se quiere que jugase en obra tan delicada como la confección de un diccionario, si ha de responder éste á la vez que á exigencias prácticas á las científicas, poetas, novelistas, oradores y literatos que manejan la lengua por instinto nada más? Y no son estos los peores. Los peores son los literatos ó eruditos *aficionados* á la lingüística, los que de esta ciencia poseen el barniz necesario para darse algún tono, los que toman la filología como una rama de las humanidades y no como una de las llamadas ciencias naturales, que es lo que es.

La transformación de las consonantes explosivas fuertes en las medias, los fenómenos de paladialización á que la influencia de la *i* da lugar, las complicaciones de la metátesis, el amplio juego de la ley de la analogía, son elementos cuya profundización exige un estudio muy distinto que para disertar acerca de Nebrija, Heróas y Panduro ó la sonoridad de Fray Luís de Granada. El conocimiento claro de la ley de Winteler im-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

1.5.2/94

porta más á este respecto que toda esa erudición histórica, muy útil en todo caso.

No quiero decir con esto que haya de excluirse á los hablistas intuitivos, á los lingüistas inconscientes, no. Una Academia de técnicos en lingüística sería temible. Es fácil que se empeñasen en que la fisiología enseñe á digerir. Hay que tenerle tanto miedo á la ciencia, ó á lo que así se llama, cuando actúa sola, como á la literatura que campea sin freno. El sano instinto de un hablista, de un escritor ú orador á quien le brote el casticismo de las entrañas, es algo de mucho valor, de imprescindible necesidad. Pero si en la Real Academia hubiese habido algún *técnico* de verdad no habría dejado pasar, pongo por caso, en la introducción que un académico, dilettante de filología, escribió á cierta obra que la Corporación ha editado á todo lujo, el descubrimiento estupendo de dos verbos en el antiguo gallego, *iouuer* y *prouuer* que es como descubrir en castellano *yoquir* y de *ploquir* del *yoquiera* y *pluguiera* de los verbos *yacer* y *placer*, (*placui* *plaukui*, *plouiste*) y como estos otros gazapos de igual calibre.

Si la Real Academia ha de ser un panteón de celebridades literarias y hasta políticas, no se le censure cuando disparata en un Diccionario y deja etimologizar *more al chymístico*, sino más bien el que se dedique en absoluto á hacer algo que no sea cobrar dietas; y si se quiere que sus obras sirvan de norma y sus juicios técnicos alcancen valor, no se alce el grito al cielo cuando prefiera un especialista, como tal casi desconocido del gran público que no se ocupa en esas cosas, á un escritor popular y prestigioso, que puede muy bien estar ayuno de ciencia del lenguaje y de conocimientos en romanismo.

Otra enseñanza de segundo grado, aún más fructuosa que la primera, se desprende de todo esto, y es la de que tenemos una marcada propensión á *litalizarlo* todo, ciencia inclusive. Es difícil que un hombre de ciencia llegue á adquirir aquí prestigio hondo y es muy curioso el análisis de cómo lo logra cuando lo logra, pero si tiene algo de literato puede cubrir con la gallardía de la forma las mayores vulgaridades científicas,

y á las veces hasta despropósitos. Tendemos á convertir la ciencia misma en literatura ó en humanidades, en erudición más ó menos diletantesca. Sería capaz la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de rechazar una monografía química en que se presentaran verdaderas novedades y descubrimientos positivos, porque estaba plagada de faltas de ortografía ó redactada en un estilo lleno de barbarismos y solecismos. Lo que debía proibirse son todos esos libros que se llaman de ciencia y no pasan de excusa para ejecutar garlitorleos estilísticos y hacer alarde de lozanía de lenguaje. Lo meramente científico suele calificarse de *lata*, y lo *latoso* en España es la literatura actual que no es más que literaria. Cada día me parecen menos amenas las amenidades.



La Academia
de la Lengua

4



Yo no sé cuándo lograremos la fusión del arte y de la ciencia, cuándo nuestros artistas fecundarán su instinto con estudio reflejo y se esforzarán nuestros hombres de ciencia por dar vida palpitante á las verdades que descubren, cuándo fundiremos el plano topográfico, tomado con arreglo á las cuidadosas triangulaciones, con el paisaje arrancado de la impresión estética. Mas entre tanto bueno será que no se confundan las cosas y que no se nos dé gato por liebre. Y mejor será todavía que nos convenzamos de que un gran tribuno, no por serlo, ha de conocer relojería mejor que un modesto relojero, y que el análisis de los grandilocuentes párrafos de aquel es labor de relojero de la lengua, mientras que el gran tribuno cuando se mete á relojero lo hace rematadamente mal inventando neologismos que rifien con el organismo de la lengua de que tan egregio artista puede ser.

Malo es que la provisión de las plazas de académicos corra á cargo de ellos mismos, ya que suele darse el caso de que algún académico político apoye á un correccionario para limpiar, fijar y dar esplendor al castellano en cuanto... hacendista; malo es esto, pero peor sería que se proveyesen por sufragio de cuantos leen literatura y emborronan cuartillas, porque éstos suelen creer que un buen gimnasta es el mejor profesor de fisiología de los músculos. Todos estos son los que transigen con esas desatinadas reformas ortográficas de la Academia, reñidas con la ciencia y con el sentido común. Y no contentos con ello nos las imponen á los demás. Más de una vez han aparecido en mis escritos erratas como *inconsciente*, *septiembre*, *oscuro* y otros disparates que no he escrito. En mi vida se me ha ocurrido incurrir en este pseudo-tradicionalismo académico ridículo y absurdo, pedantesco y dañino, sino que me mantengo en el viejo tradicionalismo de Juan de Valdés y del maestro Nebrija que tendían, con muy buen acuerdo, á la ortografía fonética, la más científica y la más práctica por ser la que más fielmente reproduce el lenguaje hablado hoy. No necesito escribir *harmonía* para que sepan que yo, catedrático de griego por oposición desde hace siete años, sé el suficiente griego para saber por qué le plantan á ese término esa hache que está de más en él. Tampoco seré el primero que se las quite á las demás palabras, pero si alguien lo hace y logra generalizarlo, bien estará. Me disgusta el papel de revolucionario lo mismo hacia adelante que hacia atrás, pero puesto á elegir prefiero escribir *objetivo* á escribir *subjetivo*, y lo que es *incognoscible*, ni aunque me aspen. Protesto, pues, de esas erratas en que me hacen caer, y declaro que de mi puño y letra jamás escribo *oscuro*, aunque pueda hacerlo oscuro,

Lo mejor de todo sería que se suprimiese la Real Academia de la Lengua, dejándole á ésta entregada á sus fuerzas y á su propio juego, sin tutores ni curadores. Mas para esto es menester que aprendamos bien todo lo que se dice al decir que el lenguaje es un organismo vivo, y que perdamos el culto supersticioso al purismo y á la erudición. Tenemos que volver á aquello de: *concepto de la ciencia*.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
CREDITOS USALES

4.5.2/94